

Fantástica Salvaje

Marta Elías

# El tridente de SHIVA

CASANDRA ROVIRA I





CASANDRA ROVIRA I

# El tridente de SHIVA

Marta Elías

Del texto: © Marta Elías, 2013  
De la edición: © Los Libros del Salvaje, 2025  
Primera edición en Los Libros del Salvaje: marzo 2025

Título  
*El tridente de Shiva*

Serie Casandra Rovira 1

Ilustraciones  
Portada diseñada por: Laura G. Loaisa

Editorial  
**Los Libros del Salvaje**

Aldea A Pousa, 3  
32816 Celanova (Ourense)

<https://loslibrosdelsalvaje.com>

Este libro ha sido impreso con papel libre de cloro y con certificación FSC,  
procedente de bosques gestionados de forma sostenible.

Impreso en Gráficas Ulzama Digital  
Pol. Ind. Areta, C./ Altzutzate 51.  
31620 Huarte (Navarra)

ISBN: 978-84-127675-9-9  
Depósito Legal: OU 11-2025

La editorial Los Libros del Salvaje está convencida de que el *copyright* estimula la creatividad, permite a los autores vivir dignamente de su esfuerzo y su trabajo, defiende la diversidad y es herramienta fundamental para que la cultura viva y se expanda. Por ello, te agradecemos que hayas comprado una edición autorizada de este libro y que respetes las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso expreso del autor y/o la editorial. Al hacerlo, respaldas a los creadores y permites que Los Libros del Salvaje siga publicando libros. Si deseas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, dirígete a CEDRO, el Centro Español de Derechos Reprográficos: [cedro.org](http://cedro.org).

*Dedicado a mi familia: a los que están, a los que ya no  
y a los que estarán.*



## PRÓLOGO

Barcelona, 2013

Cumplir años no me entusiasmaba, solo significaba tener una carga más. Me enviaron a un colegio privado donde aprendí desde temprana edad inglés y francés, además de castellano y catalán. A los diez, mis padres me dieron a elegir entre italiano o alemán. Elegí el italiano, ya que nuestra niñera era alemana y me había enseñado a chapurrear lo suficiente. A los quince me fue impuesto el griego clásico y el latín. Sin embargo, nunca había estado tan emocionada como con ese cumpleaños, ya que en mi casa era un día especial: la primera vez que salíamos a ver mundo. A todos mis hermanos les habían regalado su primer viaje entonces, y ahora me tocaba a mí. Pero, para entender por qué, debo hablaros un poco de mi peculiar familia.

La primera cosa destacable es que éramos ricos —inmensamente ricos—, y también una de las familias más importantes de Barcelona. Mi padre era un arqueólogo eminente; mi madre, una de las más destacadas especialistas en cultura clásica. Ambos eran doctores, catedráticos universitarios, miembros relevantes de diversas sociedades y clubs, columnistas e invitados habituales de los medios especializados y asesores para todo aquel que lo requiriera y pagara, desde el Gobierno hasta directores de cine y televisión. Pero, por encima de todo, lo que más disfrutaban mis padres era el trabajo de campo. Dirigían excavaciones y viajaban mucho por ello.

Y, en contra de lo que pudiera parecer, mis hermanos y yo nunca nos habíamos sentido abandonados. Quizá por tenernos los unos a los otros, además de a los empleados, o quizá porque también estábamos muy ocupados. Éramos cinco hermanos, y todos habíamos estudiado lo mismo que nuestros padres —y solo en pequeña medida por la presión familiar—. Lo cierto es que nos apasionaba la historia y la arqueología.

Mi madre ganó la batalla de los nombres, así que todos teníamos uno relacionado con Grecia o su mitología.

Mi hermana mayor, llamada Penélope por la mujer de Odiseo, hizo su primer viaje precisamente a Atenas. Al volver inició sus estudios como tenía previsto, pero no quiso volver a viajar más. Se dedicaba básicamente a la investigación y preparaba su tesis doctoral: algo sobre numismática acerca de lo que nunca me interesó averiguar más. Con veintisiete años, estaba casada solo con sus libros.

El siguiente era Héctor, como el príncipe de Troya. Tenía un carácter insoportable, así que me alegraba que se hubiera especializado en las civilizaciones mesoamericanas y siempre estuviera en México, Guatemala o donde fuera. Por mí, como si se perdía en la selva —cosa que casi hizo en su primer viaje—.

Mi hermano Álex, por Alejandro Magno, era con el que mejor me llevaba. Tenía tres años más que yo, y entonces estaba terminando el grado de Historia. Aún no tenía muy claro por qué decantarse después, pero le interesaba mucho la Edad Media. Su primer viaje fue a Jerusalén.

Después de mí venía Sofía, en griego «sabiduría», que todavía estaba en el instituto.

Y yo, Casandra, como la vidente de Troya. Había aprobado la selectividad con un nueve con dos de media y ese otoño empezaba la facultad.

Como veis, éramos gente de mundo, pero no antes de la mayoría de edad. Sería por eso que jamás habíamos hecho un viaje familiar. De todas formas, sería difícil cuadrar agendas. Pero, por fin,

después de ver tantos sitios a través de los libros, podría visitarlos en persona dentro de muy poco. Estaba deseando saber dónde me mandarían. A mis hermanos los habían enviado a sitios relacionados con sus inclinaciones, pero yo no había tenido nunca predilección por ninguna civilización en concreto. Podría ser a cualquier parte.



Para mis padres, la celebración de los dieciocho años era un evento especial y estaba prohibido a cualquiera que no fuera de la familia. Aunque eso no me importaba; no celebraba fiestas de cumpleaños con amigos desde los once o doce años. Como mucho, salía un rato con ellos o íbamos al cine.

Nos encontrábamos reunidos alrededor de la enorme mesa de roble macizo del salón. Era una de las escasas ocasiones en las que coincidíamos los siete en un mismo sitio. Comimos juntos y Elvira, nuestra cocinera, trajo un pastel gigantesco. Engullí mi porción casi sin respirar, deseando terminar y que me llevaran al despacho de mi padre.

Y por fin llegó el momento. Mi madre, con sus rizos negro azabache y su sempiterna expresión severa —como la de mi hermana Penélope—, se levantó y se dirigió sin decir una palabra al piso superior.

Mi padre me sonrió con ternura.

—¿Estás preparada?

—Por supuesto —contesté. Mi padre parecía un profesor inglés de los años veinte. Su pelo rubio pajizo, igual que el mío, comenzaba a volverse cano.

—¿A quién eliges?

—A Álex —dije, mirándolo sonriente, sin dudarle ni un segundo. Cuando hacíamos nuestro primer viaje elegíamos a un acompañante, que podía ser uno de nuestros padres o hermanos mayores. Al ser de las más pequeñas, tenía más opciones. Héctor y Penélope

lo habían hecho con papá y mamá, respectivamente. Álex, inexplicablemente, había elegido a Héctor. Yo en su lugar hubiera elegido a papá.

Nos levantamos y seguimos a nuestro padre hasta su despacho. Al pasar junto a mi hermana Sofía, me hizo un gesto con la cabeza y empezó a brincar en su silla de la emoción. Le dediqué una sonrisa.

Mi padre cerró la puerta detrás de nosotros y nos hizo tomar asiento frente a su escritorio. Todos los muebles de la casa eran oscuros y tenían aspecto de pesar una tonelada. La pared trasera estaba cubierta de libros, divididos en dos estanterías separadas por un hueco desde el que nos observaba una imponente estatua de un minotauro. De pequeña siempre me había dado miedo. Mis padres le tenían cariño, decían que era un recuerdo de la expedición de Creta en la que se conocieron y enamoraron.

Mi madre estaba sentada en una butaca en una de las esquinas, y mi padre se paseaba de un lado a otro en silencio. Esperé unos segundos antes de empezar a hablar.

—Hoy vas a descubrir el secreto más grande de esta familia, y el que mejor vas a tener que guardar. —No sabía que tuviéramos secretos, aquello me intrigó mucho. Asentí, nerviosa—. Sabes que tanto tus hermanos como tu madre y yo tenemos múltiples ocupaciones, pero hay una que desconoces. —Miré a Álex, desconcertada. Me devolvió la mirada muy serio. Empezaba a asustarme, ¿me estaban dando a entender que hacían algo ilegal? Guardé silencio y esperé a que papá prosiguiera. —También financiamos expediciones privadas para buscar objetos por los que tenemos un interés particular.

Una lucecita se encendió en mi cabeza.

—¿Me estás diciendo que saqueamos excavaciones?

—No, no, no, no, no. De eso nada. Las financiamos, conseguimos los permisos pertinentes y las dirigimos, pero se trata de proyectos que me harían perder el prestigio entre mis compañeros

—dijo sonriendo. Lo miré sin comprender lo que quería decir—. Me refiero a recuperar objetos de dudosa existencia.

—¿Quieres decir... como el santo grial, el arca de la alianza o cualquier cosa con la que Steven Spielberg y Harrison Ford harían una película?

—¡Exacto! —exclamó. Miré una vez más a Álex, en busca de confirmación. Él asintió. Por primera vez me pregunté si todos los miembros de mi familia eran tan estables como pensaba.

—Así que destrozáis yacimientos arqueológicos en busca de quimeras.

—¿Por quién nos tomas? ¡Todo lo que hacemos sigue los procedimientos y técnicas adecuadas! Siempre que sea posible...

De modo que mi padre, Xavier Rovira, el reputado arqueólogo, en sus ratos libres era una versión pasiva de Indiana Jones.

Todos me miraban expectantes.

—¿Estáis esperando a que me escandalice, o algo así? —pregunté. Mis padres se miraron.

—Tus hermanos se sorprendieron un poco más —dijo mi madre.

—Bueno, no puedo sorprenderme de algo que no me creo. No que financiéis esas expediciones, sino que realmente encontréis artefactos mitológicos.

Mi padre se acercó a la estantería y movió un libro. Como pasa en las películas, la estatua del minotauro se deslizó hacia atrás y reveló una entrada secreta.

Mi mandíbula se desencajó de la sorpresa. Pese a que nunca había presenciado algo así, encajaba con la forma de ser de mi padre. Le encantaban esos toques teatrales, hasta el punto de que, cuando compró el terreno de la avenida Tibidabo, hizo tirar abajo la casa original y edificar una desde cero según sus indicaciones. Que hubiera mandado hacer un pasadizo secreto no estaba fuera de lugar. Me pregunté cuántos más habría que yo desconocía.

Miré el oscuro corredor con curiosidad. Mi padre me invitó a pasar con un gesto de la mano. Me puse en pie y lo atravesé hasta

llegar a una sala iluminada por antorchas. Al acercarme a una de ellas comprobé que el fuego era un cristal de varios colores con una bombilla parpadeante en su interior. Solté una carcajada. Papá era único. Entonces reparé en lo importante de la habitación: las paredes estaban recubiertas de objetos de todo tipo, de diferentes épocas y culturas.

—Esta es mi pequeña colección particular —oí la voz de mi padre a mi espalda—. Me acerqué a un anillo que tenía bien protegido tras un grueso cristal.

—¿Y esto qué es? ¿El anillo único? —me burlé. Mi padre sonrió y se acercó a la vitrina.

—Créeme, Casandra. Estos últimos tres años he visto muchas cosas que ni imaginarías —intervino Álex. Le dirigí una mirada, convencida de que se habían vuelto todos locos. ¿Por qué me iban a instruir en la razón si luego creían en todas esas tonterías?

Mientras tanto, mi padre había cogido el anillo entre sus dedos.

—Atiende —dijo teatralmente. A continuación se lo puso y desapareció ante mis propios ojos.

—¡Joder! —Involuntariamente, di un paso hacia atrás.

—¡Ese lenguaje! —reprendió mi madre.

Mi padre reapareció tras sacarse el anillo.

—¡Venga ya! ¡No puede ser el anillo único! ¿Dónde voy a ir por mi cumpleaños, a Mordor?

—No es el anillo único, tonta —dijo Álex.

—Eso es literatura, yo hablo de mitología —replicó papá.

—¿Qué diferencia hay? Todo son cuentos.

—La literatura es fruto de la imaginación del escritor o se basa en la mitología, mientras que esta tiene una base real.

—Entonces, ¿qué es eso?

—El anillo de Giges —dijo, orgulloso.

—¿El del mito de Platón?

—El mismo.

—¡Pero si era una metáfora para representar que somos malos por naturaleza! Demostraba que solo somos buenos por miedo a la ley, y si fuéramos invisibles la infringiríamos.

—Tienes la lección bien aprendida, cariño. Pero, como lo que intento mostrarte, tenía una base real.

Miré a mi madre en busca de cordura, pero solo asintió con seriedad. Volví a mirar a mi padre.

—Está bien. Pongamos que me lo creo. ¿Qué tiene eso que ver con el viaje de los dieciocho años? ¿Me vais a mandar a buscar algún objeto mitológico? —Mi padre sonrió, satisfecho.

—¡Exacto! ¿Qué te parece la India?

—¿En agosto? ¿Estás loco?

—Me temo que no se aceptan cambios, querida.

—¡La India, pues! —exclamó Álex.



PRIMERA PARTE

# Preparando el viaje



**E**l mundo se había puesto patas arriba en un momento.  
 —¿Qué se supone que tenemos que encontrar en la India?  
 —Espera, no quieras correr. ¿Qué sabes de mitología hindú?  
 —preguntó mi padre.

—Dioses con muchos brazos y cabezas de animales, vacas sagradas... —titubeé.

—Es decir, que no sabes nada.

—Visnú —repliqué, orgullosa, marcando bien cada sílaba.

—¿Quién era Visnú? —contraatacó mi padre. Álex me miró, divertido.

—Vale, no sé nada —admití.

—Muy bien, os marcharéis dentro de dos o tres semanas, depende de los billetes de avión que encuentre. Tenéis una semana para investigar y asimilar los conceptos básicos del hinduismo. Entonces nos volveremos a reunir y os explicaré lo que haréis.

—De acuerdo. —Álex se puso en pie y me invitó a imitarle. Salimos del despacho de mi padre y volvimos al salón.

—¿De qué va todo esto? ¿Tú te lo crees?

—Ya has visto el anillo —contestó.

—Podría ser un truco, ya conoces a papá —Álex sonrió.

—Sí, pero esto es real. Créeme, Casandra, lo he visto.

Entramos en el salón, donde afortunadamente solo quedaba Sofía. Se había adormilado en la butaca con un cómic manga sobre el regazo y la cabeza ladeada. Su pelo oscuro, cortado recto por la

nuca y con flequillo a juego, que le daba aspecto de Cleopatra, le caía sobre la cara. Al oírnos abrió los ojos y se levantó como un resorte.

—¿Dónde, dónde? —preguntó, ansiosa.

—La India.

Sofía abrió la boca y los ojos de par en par.

—Cómo... mola...

Sonreí ante su ilusión y me di cuenta de que, hacía apenas una hora, yo estaba igual. En ese tiempo había visto algo inexplicable y descubierta que el viaje no eran las vacaciones que yo pensaba, pero ¡qué demonios! ¡Iba a ver la India!

—¿Verdad que sí?

—¿Cuándo os vais?

—Dice papá que en dos o tres semanas —contestó Álex.

—Mientras tanto nos ha puesto deberes, tenemos que aprender más sobre la mitología hindú —expliqué. Sofía sacudió la cabeza y volvió a sonreír.

Podría parecer algo raro y que plantearía muchas preguntas, pero ese tipo de cosas eran habituales en casa, especialmente por parte de mi padre. Cuando éramos pequeños y teníamos alguna disputa, en vez de resolverlo a piedra, papel, tijera o lanzando una moneda al aire, como las familias normales, él lo arreglaba con una ronda rápida de Trivial. Leía una tarjeta de la edición correspondiente a la edad que tuviéramos y ganaba el que acertara más preguntas. Una vez, Héctor y Álex le dijeron que, si no lo solucionaba como un padre de verdad, no se metiera. Entonces mi padre decidió ejercer una justicia salomónica, literalmente. Partió en dos el objeto de la pelea y le dio la mitad a cada uno y, dado que dicho objeto era un balón, en adelante aceptamos todos de buen grado las tarjetas de Trivial. Puede que pareciera pedante pero... bueno, sí que lo era, no podía excusarlo.

—Voy a empezar ya, ahora que no tengo nada que hacer. Mañana estaré liado —dijo Álex.

—Yo tengo clase práctica —dije. Me despedí y subí a mi habitación para coger un pequeño bolso antes de salir. Llevaba meses

con las prácticas de conducir y estaba sobradamente preparada, pero no podía examinarme hasta haber cumplido los dieciocho. Lo tenía previsto para la semana siguiente. Era algo con lo que mis padres insistían mucho, según ellos porque en el viaje de los dieciocho podríamos tener que conducir. Como lo que pasaba en ellos era un enigma —y ya entendía por qué— no nos oponíamos. De todas formas, ¿por qué iba a hacerlo? Estaba deseando tener coche.



Salí a la calle y cerré la puerta metálica de la entrada tras de mí. Estábamos a finales de julio y el calor era insoportable. Pese a estar a la sombra, en el rato que tuve que esperar mientras llegaba el coche de prácticas empecé a sudar a mares. Al fin vi venir el Seat Toledo rojo por el horizonte. Se acercaba demasiado deprisa, lo que me hizo sospechar quién iba al volante. Por si acaso, abrí la puerta y me refugié en el patio hasta que parara.

Fue una decisión acertada: el coche se subió bruscamente a la acera en el sitio donde me encontraba un minuto antes. Oí gritos familiares en el interior y la puerta del conductor se abrió de golpe. Mi amiga Helena bajó, cerrando de un portazo, y vino hacia mí clavándome sus extraños ojos verde pálido, su única herencia materna.

—Este tío es idiota, vas a suspender.

—Gracias.

—Es imposible que ningún alumno suyo apruebe.

—¿Te llevo hasta casa?

—Si suspendo, lo pagará caro. —Helena siempre iba a lo suyo. En ese momento, Manel, el profesor, bajó la ventanilla.

—¡Casandra, esto es tiempo de práctica que estás perdiendo!

—En seguida voy —le dije antes de volver a mirar a Helena—.

¿Te llevo o no?

—No pienso volver a subirme al coche con ese impresentable.

Manel suspiró, resignado, pero no abrió la boca. Bastante tenía que contenerse el pobre. La gente capaz de soportar a Helena se podía contar con los dedos de una mano. Básicamente, la lista se

reducía a nuestro amigo Dídac y a mí. Misteriosamente, también le caía bien a mi padre. Opinaba que su energía y su locuacidad venenosa eran una virtud, y no se creía que esta última fuese, en realidad, a causa de su falta total de empatía, sino por tener un espíritu osado y rebelde. Dídac era su amigo porque se complementaban a la perfección. Era otro niño rico como nosotras, con una vida fácil y unas preocupaciones que hubieran hecho que alguien en paro y con hipoteca lo apedreara —y con razón—. De haber nacido unas décadas antes, habría sido *hippie*. Tenía una paciencia infinita y pocas ganas de guerra.

Formábamos un grupo muy peculiar en el cual, aunque pareciera increíble dado mi historial familiar, yo era la más normal. Estudiosa y deportista, aunque impaciente y con genio pero, entre mis dos amigos extremos, no destacaba para nada por ello.

—Bueno, entonces me voy —decidí, rodeando el coche para subir.

—Luego nos vemos en el café Zurich. —No era una pregunta, nunca preguntaba. Daba por sentado que irías.

—¿Hora?

—Ocho.

No nos despedimos. Echó a andar hacia su casa, que no estaba muy lejos de la mía, y empecé una práctica muy normalita; a esas alturas ya conducía perfectamente. Pese a ello, Manel encontró cualquier excusa para echarme la bronca, pero era evidente que aún estaba estresado después de la práctica de Helena y lo estaba pagando conmigo.



Acabé bastante lejos y fue el siguiente alumno que recogimos el que me acercó a casa. Una vez allí, decidí aprovechar el tiempo que me quedaba antes de reunirme con Helena para empezar a leer sobre mitología hindú. Mis padres tenían una gran biblioteca repleta de ensayos de distintos temas. También estaban suscritos a distintas páginas académicas en las que había revistas y artículos *online*

actualizados, por lo que jamás había tenido que pisar una biblioteca para hacer un trabajo escolar. Pero no tenía mucho tiempo, así que hice algo completamente censurable para ellos: consultar la Wikipedia.

Cogí el portátil y me tiré sobre la cama. Tecleé «hinduismo» en el buscador y apareció lo que buscaba en el primer resultado. Me ayudaría a hacerme una idea general antes de entrar en materia. Me alegré de haber empezado por lo más simple, porque llegué a la conclusión de que era un completo caos. Había un sinnúmero de ramas según el dios al que veneraran, y cada una con su propia doctrina. No quise meterme a indagar en eso por el momento, ya que no tenía casi tiempo. Me quedé con que había tres dioses principales que conformaban la llamada «trimurti»: Brahma el creador, Visnú el preservador y Shiva el destructor. A la vuelta investigaría más sobre esos tres; era tan buen punto de partida como cualquier otro. Bajé la tapa sin apagar el ordenador. Ya se pondría en hibernación él solito. Después avisé a mis padres de que me iba y salí en dirección a plaza Catalunya.



Casi tres cuartos de hora más tarde me reuní con mis amigos. Estaban sentados en la terraza del café Zurich, de cara a la plaza. Me acerqué a ellos, cubriéndome los ojos por el sol. Dídac me saludó efusivamente y Helena se volvió en mi dirección, aunque no sabría decir hacia dónde miraba tras las enormes gafas de sol negras. Aún no había terminado de sentarme cuando Dídac me empezó a avasallar con preguntas.

—¿Dónde te mandan?

—A la India.

—¿A qué parte?

—No lo sé.

—¿Cuándo?

—En dos o tres semanas, tampoco lo sé aún.

—¿Qué vas a hacer allí?

—No lo sé. —Oí resoplar a Helena y me giré—. ¿Qué?

—Que estáis locos. ¿Quién quiere ir a la India? Ya pasamos calor aquí, y si quieres ver a mucha gente, mira —señaló a su derecha, a la entrada de las Ramblas—. No soportas la comida picante, y ya sé que no compartes mi política respecto a los animales, pero cambiarás de opinión cuando te robe un mono.

Desde que tuvo un episodio traumático al respecto en Gibraltar, Helena estaba convencida de que todos los monos eran cleptómanos.

—Pues a mí me encantaría ir —dijo Dídac con su tono de voz bajo y pausado. Se recostó contra el respaldo de la silla con mirada soñadora—. Estoy seguro de que debe de ser una de esas experiencias que lo cambian a uno.

—Ya os lo contaré cuando vuelva, de momento mi padre no me dará más detalles hasta que aprenda algo más sobre su religión. —Helena volvió a resoplar.

—Bueno, a lo que vamos. Toma tu regalo. —Sin previo aviso, me lanzó una pequeña caja que cogí al vuelo gracias a mis excelentes reflejos. La abrí y me encontré con un juego de llaves.

—¿Qué es esto?

—Unas llaves.

—Eso ya lo veo. ¿De qué son?

—De tu nuevo coche. —Se me descajó la mandíbula.

—¿Me habéis comprado un coche? ¡Eso es demasiado!

Helena y Dídac se miraron un segundo antes de empezar a reír a carcajadas en una de las escenas más frívolas que he presenciado jamás. La diferencia entre ellos y yo es que ellos podían disponer como quisieran del dinero de sus padres, mientras que yo tenía una pequeña asignación para la semana que debía administrar bien. Si quería algo de más coste fuera de Navidad y cumpleaños, tenía que preparar una exposición convincente, y después mis padres decidían si me lo concedían.

—De todas formas, no vas a aprobar con el inútil de profesor que tenemos —sentenció Helena.

Les di las gracias y continuamos hablando de cosas sin importancia. El sol fue dejando de picar poco a poco, pero el bochorno seguía siendo insoportable. Dídac, que llevaba el finísimo pelo castaño por los hombros, se lo había recogido en una pequeña coleta atada en la nuca. Yo había tenido la previsión de hacerme una cola alta, pero Helena seguía impertérrita. Su largo y oscuro pelo lacio jamás se despeinaba, daba igual que hiciera viento o lloviera; nunca parecía que ninguna circunstancia ambiental la perturbara. Los demás mortales no teníamos esa suerte y, cuando no pude más, anuncié que me retiraba. Ellos también se iban, pero cada uno por caminos diferentes, así que volví sola a casa. Me pregunté dónde estaría guardado el coche. Por supuesto, no pensaban decírmelo ni dárme lo hasta que fuera una conductora apta.



Esa semana fui a la playa con ellos un par de tardes, y el resto lo dediqué a la investigación. La mitología hindú me seguía pareciendo un sinsentido en muchas cosas. Las diferentes ramas a veces eran contradictorias entre ellas, los dioses eran confusos porque tenían muchos nombres y avatares cada uno. Su cosmogonía era de las más absurdas que había leído. Batir un océano de leche usando una montaña a la que había que cortarle la cima y poner sobre el caparazón a uno de los muchos avatares de Visnú —este con forma de tortuga—, y hacerlo rotar mediante una serpiente. No tenía ningún sentido. Conocía muchas historias mitológicas rocambolescas de diferentes culturas y esa era, con diferencia, la más estúpida de todas. Recordé las palabras de mi padre sobre que todo mito tenía una base real, pero aquello no había por dónde cogerlo.

A finales de esa semana tenía la cabeza como un bombo. Ni siquiera podía comentarlo con Álex, porque se había ido unos días a una cabaña rural con unos amigos antes de que nos marcháramos.



Volvió el lunes de la semana siguiente, y el martes mi padre nos llamó a su despacho.

—Muy bien, a ver lo que habéis aprendido.

Nos hizo tomar asiento en las mismas dos sillas frente a su escritorio y empezó a pasearse por la habitación. Había adoptado su *alter ego* de profesor.

—Casandra, ¿dirías que el hinduismo es una religión? —Mal dije para mí misma. Esperaba una pregunta más concreta.

—Diría más bien que es un conjunto de creencias unidas por ciertos rasgos comunes, sobre todo culturales, ya que no hay un orden establecido, ni jerarquía dentro de su casta sacerdotal, ni un fundador. Además, hay muchas ramas y la doctrina varía en función de ellas, que son muy dispares.

Mi padre pareció satisfecho y pasó a mi hermano.

—Álex, ¿cuáles son los dioses principales?

—¿Según los Vedas o los Puranas? —Papá asintió, complacido.

—Me interesan los Puranas. —No tenía ni idea de qué hablaban, no había investigado eso.

—Los tres más importantes son Brahma, Visnú y Shiva.

—¿Quiénes eran los *devas*, Casandra? —Esa me la sabía, aparecían sin parar cuando investigué la cosmología y me detuve a leer más, pero era un poco lioso.

—Eran deidades benévolas —sinteticé sin entrar más en detalles. Pero mi padre continuó con la mirada fija en mí a la espera de que prosiguiera—. Eran hijos de Kashiapa, un sabio, del que también se dice que son hijos los *asuras*, o sea, los demonios, y también la humanidad.

—Muy bien —dijo mi padre—. Álex, ¿cómo identificas a los *devas*?

—Por sus atributos o rasgos característicos.

—Dame ejemplos.

—Ganesha tiene cabeza de elefante, Brahma tiene cuatro cabezas...

Yo solo tenía una cabeza humana común y corriente, pero me echaba humo. La mitología hindú era muchísimo más compleja de lo que había pensado. No entendía por qué mi padre había querido primero que nos informáramos a ciegas, ni adónde quería ir a parar.

—Papá —me atreví a interrumpir—, ¿para qué es esto?

—Solo quiero que tengáis un conocimiento general antes de embarcaros en nada.

—Esto es increíblemente extenso y complicado, ¿no sería mejor que nos dijeras qué tenemos que ir a buscar y nos centremos en eso?

—De todas formas, llevaremos el ordenador. Podemos buscar más información si lo necesitamos —dijo Álex. Eso no lo sabía.

—¿Podemos llevarlo?

—Nunca he dicho que no, no es un examen —aclaró mi padre.

—¡Pues con más motivo! Me va a explotar la cabeza, creo que mi cerebro no puede asimilar ni sintetizar más el hinduismo sin saber exactamente en qué quieres que nos centremos. Es demasiado.

Papá me miró algo decepcionado. Disfrutaba como un niño con estos «exámenes» y le dolía no encontrar respaldo en sus propios hijos. Resignado, se sentó en su escritorio y encendió el ordenador. Tras una rápida búsqueda, apareció una imagen en pantalla.

—¿Sabéis quién es?

La imagen pertenecía a una pintura en la que aparecía un dios de color azul, corpulento y algo andrógino, sentado sobre una piel de tigre. Llevaba un tridente y una serpiente enroscada al cuello. Miré a Álex a ver si contestaba él, ya que yo no me había detenido a mirar los atributos de los dioses. Me miró de reojo antes de responder.

—Shiva.

—Exacto —dijo mi padre. Un amigo me ha informado de que ha descubierto una pista sobre la localización de su tridente —lo señaló sobre la pantalla—. La leyenda lo sitúa enterrado bajo la ciudad de Benarés. Mi amigo cree haber descubierto cómo acceder a él y dónde.

—¿Te fías de ese amigo? —pregunté.

—Completamente, es perro viejo. Tendréis que ir a verle para que os dé los detalles.

—¿Dónde vive? —preguntó Álex.

—En Londres.

Nos tendió dos billetes de avión con fecha para tres días más tarde.

—¡Papá! ¡El viernes tengo el examen de conducir!

—¡Es cierto! ¡Por poco me olvido! —Eso no sonaba bien—. He hablado con la autoescuela y lo han arreglado para que te examines esta tarde.

—¿Qué?! —Me puse en pie, enfadada—. ¡¿Y me lo dices ahora?!

No me respondió, pero clavó en mí su mirada más severa y la sostuvo hasta que empecé a sentirme avergonzada. Volví a sentarme. Era todo un ejemplo de liderazgo por imposición pasiva.

—Bien —prosiguió—. Viajaréis a Londres el viernes para veros con mi amigo. Es un arqueólogo británico que ha vivido muchos años en la India. Os daré la dirección y todo lo necesario mañana.

—Vale, gracias —dijo Álex, levantándose y cogiéndome del brazo para que yo hiciera lo mismo. Cuando salimos del despacho me soltó y dijo—: Casandra, tranquilízate un poco.

—¿Cómo me voy a tranquilizar? ¡Me cambia el examen a esta tarde y ni siquiera me lo dice!

—No me refiero a eso. El viaje a la India, encontrar el dichoso tridente. Sé que tenemos poca información, pero papá lo quiere así por un motivo. Yo también pasé por eso y sé que es frustrante. Ten paciencia.

Después de eso se marchó, dejándome aún más avergonzada y de mal humor de lo que ya estaba.



Estuve ofuscada el resto del día y, cuando llegó la hora del examen, todavía no me había recuperado. Subí al coche cuando este paró

frente a mi casa y nos dirigimos al punto de salida, en Montjuic. Manel me ofreció conducir hasta allí para practicar, pero no quise, alegando que me pondría aún más nerviosa.

Una vez allí, subí al coche con el examinador detrás. La otra persona que se examinaba era una mujer de treinta y tantos, pero yo era la primera.

Fue uno de los mayores desastres que había vivido hasta ese momento. Empecé mal, olvidándome de abrochar el cinturón. Después metí la marcha incorrecta para arrancar: inexplicablemente, puse la tercera. Tras varios calados, conseguí arrancarlo para saltarme un ceda y tener un accidente con el coche que circulaba correctamente por su carril. Manel frenó de golpe, pero tarde. Aunque el otro conductor también había frenado al ver que yo no disminuía la velocidad, el impacto fue lo suficientemente fuerte como para hacer saltar los *airbags* y me llevé un violento golpe en la cara. Sobraba decir que estaba suspendida.

Manel se encargó de todo el tema del seguro, y yo rechacé la atención médica —si me hubiera roto la nariz, lo sabría— y el ofrecimiento de llevarme a casa.

—Cassandra, pero ¿qué te ha pasado? ¡Si conduces perfectamente! ¡No puede ser que te hayas puesto tan nerviosa! —dijo, llevándome a un lado cuando le pregunté si podía marcharme. Reprimí las lágrimas, estaba al borde del colapso.

—Quiero irme a casa, por favor —murmuré en voz baja. Manel me soltó y me miró preocupado, pero no le dije nada más. Di media vuelta y me alejé, camino del metro.

La verdad es que quería ir a cualquier parte menos a mi casa, pero tampoco me gustaba la idea de deambular sola por la ciudad. Recordé que mis padres no estarían hasta la noche, así que tendría tiempo para tranquilizarme antes de contárselo.



Cuando llegué, Álex y Sofía salieron a mi encuentro con una sonrisa de oreja a oreja que se les borró al ver mi expresión.

—No he llegado ni a salir de la calle. He tenido un accidente.

—¿Qué clase de accidente? —preguntó Álex, cauteloso.

—Me he saltado un ceda y he embestido a otro coche, pero no hay heridos —me adelanté, viendo cómo me examinaban con preocupación.

—Bueno, por una vez no lo has hecho todo bien a la primera —dijo Sofía, volviendo al buen humor.

No me molesté en contestarle, fui directa a mi habitación y me tumbé en la cama. Debí de quedarme dormida, porque lo siguiente que recuerdo es a mamá asomada a la puerta.

—¿Qué? —pregunté, aún desorientada.

—Han llamado de la autoescuela. Deberíamos hablar, ¿no crees?

Me levanté y bajé al salón, deseando acabar con eso cuanto antes. Por suerte, mis padres no se enfadaron. De hecho, mi padre me miraba preocupado.

—No estoy herida, ni ninguno de los pasajeros de los dos coches —dije para tranquilizarlos, pero él continuaba con la misma cara.

—Lo sé, es lo primero que me ha dicho tu profesor —dijo mi madre—. ¿Qué te ha pasado?

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Supongo que me he puesto nerviosa.

—Bueno, no te preocupes. Cuando vuelvas lo conseguirás. —Mi madre me dedicó una de sus escasas sonrisas. Tan escasas que, lejos de tranquilizar, aún daban más miedo.

—Casandra, vamos a mi despacho un momento —dijo mi padre.

Subimos y me senté frente a él. Normalmente paseaba por la habitación mientras hablaba, pero esta vez se sentó y me miró fijamente. Desvié la mirada hacia abajo, incómoda.

—Eres demasiado impaciente —empezó. Continué con la cabeza gacha sin responder—. Puedes haberte puesto nerviosa por el examen, pero no hasta ese punto. Esto es por lo del viaje; llevas

así desde tu cumpleaños. Le he dado vueltas al asunto y he pensado que quizá esta no sea la profesión adecuada para ti. Deberías replanteártelo antes de empezar tus estudios.

Me quedé de piedra. Alcé la vista, sorprendida.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú quieres que te den todas las piezas del puzle, ver el dibujo de la tapa y montarlo lo más rápido y mejor posible. Y esto no funciona así. Los arqueólogos tenemos que buscar las piezas. A veces tenemos más y otras, menos y, desde luego, no sabemos cuál es el dibujo. Debemos intentar descifrarlo con lo que tenemos a nuestra disposición. Y aun así, lo más probable es que nunca lleguemos a ver el puzle acabado. Como ya te he dicho tantas veces, la historia la escriben los vencedores; es subjetiva. Por eso no podemos aceptar lo que nos cuenten como una verdad absoluta. Hay que ponerla siempre en duda, hemos de unir todas las evidencias e interpretarlas. Interpretar, Casandra, es un concepto abstracto del que, hoy por hoy, no te veo capaz. Requiere paciencia y tener una mente abierta, y careces de ambas cosas.

Sentí por segunda vez ese día cómo se me empañaban los ojos y volví a reprimir las ganas de llorar. No sabía qué decir, así que mi padre prosiguió.

—En cuanto al viaje, no sé qué esperabas, pero mi intención nunca ha sido ponerte nerviosa ni hacértelo pasar mal. Esto es una iniciación que os ofrezco para que veáis lo que os espera. Si te va a hacer más mal que bien, no vayas. No pasa nada, mira a Penélope. Después de su visita a Grecia no quiso saber nada de ninguna expedición. No estaba hecha para eso, a ella le gusta estar entre libros —hizo una breve pausa antes de continuar—. Piénsalo. Respetaré lo que decidas.

Su tono indicaba que había terminado y podía retirarme, pero quería hablar.

—Lo siento, papá. Estoy de acuerdo con todo lo que has dicho. No tengo que pensar nada, acepto tu misión y te agradezco la opor-

tunidad. —Me esforcé para decir lo que más me costaba—. Tengo mucho que aprender aún.

Mi padre asintió y me dio un abrazo antes de acompañarme hasta la puerta de su despacho. No es que creyera que lo sabía todo, pero no me gustaba que me pillaran desprevenida ni sentirme tan tonta como me acababa de suceder en el despacho de mi padre. Quería ir siempre sobre seguro y él tenía razón: en una profesión en la que todo son especulaciones, debía aceptarlo y cambiar mi forma de ver las cosas o buscar otra carrera más adecuada.

Me marché a mi habitación, prometiéndome a mí misma que lo conseguiría, y fui directa a comprobar por internet el tiempo que iba a hacer en Londres para preparar la maleta.